

Cartas para Noia

Maia Muñoz

Diseño de portada: Federico Bruto

Autor: Maia Muñoz

Primera edición: mayo 2015

Brutobooks© Todos los derechos reservados

[www. brutobooks.es](http://www.brutobooks.es)

Para Noia, mi amiga

Introducción

Poco después del intento de suicidio que nos pilló a todos por sorpresa, con diecinueve años mi amiga Noia ingresó en un centro de salud mental de Huelva para protegerse de la locura de nuestro mundo. La había conocido al entrar en el instituto, estaba tan chiflada como yo, nos hicimos buenas amigas y desde entonces siempre andábamos juntas. Durante mucho tiempo me sentí culpable por no haberme dado cuenta de lo mal que debía de estar pasándolo, se suponía que éramos uña y carne y ni por un momento imaginé que la afilada idea de cortarse las venas pasaría por su cabeza. Por algún motivo que desconozco su desesperación se concretó una mañana en la bañera de su casa al mismo tiempo que yo me divertía con Javi, un amigo en común. Mientras ella descendía al infierno, yo subía por una pared de piedra caliza de la Sierra de Antequera con dos cervezas frías a la espalda. Noia se salvó por los pelos. Su madre siempre insistía en ayudarla a secarse y cepillarse su larga melena y al entrar en el cuarto de baño la pobre se encontró con el peor espectáculo de su vida. Cuando me enteré, me cabree mucho, al fin y al cabo Noia no había confiado en mí y encima había intentado romper nuestra relación bruscamente. No podía entender cómo había elegido morir y dejar de disfrutar de toda la belleza de este mundo. Durante meses perfeccioné un pequeño discurso para el día en que volviera a verla, un discurso que encerraba alguno de mis reproches y que afortunadamente nunca llegué a pronunciar delante de ella porque, la verdad, no fui capaz de encontrar el valor necesario para visitarla, algo por lo que siempre estaré arrepentida.

Dos semanas después de aquel fatídico día sus padres se mudaron a Huelva y dejé de saber de ella. Cuatro años más tarde supe que de nuevo había

intentado suicidarse, esta vez con un puñado de pastillas de su madre, y aunque suene muy egoísta, de algún modo me sentí aliviada porque supuse que su locura no tenía nada que ver conmigo. Fue una especie de liberación que me permitió al fin ser consciente de que no me había portado como una verdadera amiga, ni siquiera como una persona honesta, pues no tuve la decencia de mostrarle un mínimo apoyo en el peor momento de su vida. Entonces empecé a escribir estas cartas, más o menos una cada semana, con la intención de enviárselas y hacerle ver que el mundo y todos nosotros estábamos tan locos como ella. Cada vez que terminaba de escribir una, adjuntaba mi deseo de pedirle perdón y se la mandaba al correo electrónico que su madre me había facilitado pero nunca obtuve respuesta.

Maia Muñoz

Hola Noia, ayer fui a casa de Sonia, ¿te acuerdas de Sonia? Sigue estando como una puta cabra y ahora tiene un perro muy listo que ha aprendido a saborear la comida. Es asombroso. Responde a los nombres de Tobi, Bobi, Lobi, Nobi..., cualquiera que acabe en -obi- siempre que sea pronunciado de forma autoritaria o con la estúpida musiquilla con que los patricios de la antigua Roma reclamaban los servicios de sus esclavos preferidos.

Por lo visto la crisis asaltó por sorpresa a los anteriores dueños del perro, gente gastosa que tuvo que trasladar su alegría a un sentimiento mucho más pobre, y a los muy cabrones no se les ocurrió otra cosa que abandonar al chucho en la puerta pequeñita de Imaginarium. Eso te puede dar una pista del tipo de gente que era, que es y que seguirá siendo. Parece ser que la hija menor no conocía los planes de sus padres y jugó con el perro unos minutitos antes de que lo abandonaran, entrando y saliendo del diminuto portal de la tienda, unos instantes íntimos y alegres que al día siguiente dieron lugar a un enorme sentimiento de culpa que la chiquilla sin duda arrastrará toda su puta vida, un trauma con el que no debería cargar ella sino sus padres, culpables de profesión como todos los hijos muy bien sabemos.

A raíz del abandono y de lo mal que lo pasó buscando a sus antiguos dueños, el perro quedó tanto o más tocado que la niña. Vagó por las calles y se alimentó de la caridad de la gente pero el dios de los perros, que se escribe con minúscula y tiene menos trabajo que el nuestro, pronto le encontró una buena familia. Su madre perra no se ha enterado de nada pero por fin todos sus cachorros se han colocado en casas decentes con veterinario, algo que sin duda la haría muy feliz.

Con su nueva familia, en el Ecuador de su vida, al contrario de lo que suele ocurrir con humanos y con los mismos perros, el bueno de Yobi, Sobi, Pobi o Zobi... se está haciendo cada vez más inteligente. Se acerca a la muerte con un talento cada vez más humano, algo que no creo muy recomendable.

Desde que nació fue un perro muy espabilado, un mamoncete que movía muy bien el rabo y caía bien a todas las perras, ni ladrador ni mordedor, muy valiente y con una orina que en el universo canino olía como en el nuestro se oye la alegría de un poema de Ángel González. Su antigua familia, la que le abandonó, le daba cualquier cosa para comer. Se alimentaba como un rey sin estar sometido a las presiones de los republicanos. Sus comidas favoritas eran las salchichas con queso y la paella, y bebía gazpacho en lugar de agua. Sus ladridos olían a ajo, engullía como una mala bestia y tenía la manía de gruñir a los hombres con corbata. El abandono, como ya te he dicho, lo traumatizó y sufrió una gran depresión. Los gatos cabrones de los callejones le llamaban de broma Crac 29, pasó mucha hambre y poco a poco se fue humanizando. Cuando ve un juguete constructivo o una puerta pequeña se pone a aullar. Incluso le pegaron una paliza que lo dejó al borde de la muerte y poco después quisieron enviarle al cielo de los perros con una inyección letal. Pero en esa época Sonia estaba muy sensible gracias a los ruines tocamientos de su tío Ernesto y un poco antes de que sacrificasen al chucho, por casualidad ella se encontraba en la perrera chupándose a su noviete Manolo, sí, Manolo Roldán, el cara cráter, dedicado a vigilar a los canes y a limpiar las jaulas de la perrera por un puñado de euros. Fue un poco asqueroso follar allí, con tanto olor a pelo mojado y a orín, me dijo Sonia, con todos los tristes canes olfateando los efluvios de su coño con sus pobres naricitas solitarias y húmedas en rítmico movimiento, pero finalmente gracias a la marihuana que Manolo le pasó consiguió meterse en el papel de perra y todo fue como la seda. El caso es que Robi, Dobi, Pobi, Ñobi o su puta madre habría muerto si el tío Ernesto no le hubiese tocado las tetas a Sonia. Ella siempre lo dice:

si el tito no me hubiese toqueteado la noche anterior, no me habría apiadado del perro.

Ahora Crac a secas es muy feliz en casa de Sonia. Se supera día a día. Se quieren mutuamente. Ella le toca y él la lame, dejémoslo ahí, a buen entendedor sobra saliva. Desde que Manolo la dejó, a ella le gusta recordar el día de la perrera. El chucho hace con ella lo que le da la gana porque está muy necesitada de cariño. La tonta no sale de marcha. Está siempre salida pero no sale, para volverse loca. En la superficie de su mente, o sea en la calle, tiene ideas arcaicas sobre las relaciones sexuales entre humanos (no así entre estos y los animales) pero en el fondo está frita por echar un polvo en compañía de otro humano, aunque sea en una cama.

No pienso comer pienso, le dice Sobi, Robi, Chobi o Cobi... con sus ojitos de pena, y Sonia hace comida para los dos y le pone un buen plato y él la mastica muy despacio, tarda en tragar muchos minutos, rumia como una vaca, y solo deja de mascar cuando ha extraído el último átomo de sabor del bolo alimenticio, casi invisible, que entonces expulsa con serenidad y con las orejas tiesas. El veterinario dice que la manía de masticar tantísimo se le pasará, que puede ser un virus pasajero o estrés permanente o simplemente que es un perro que, a semejanza de su dueña, está como una cabra. A través de la masticación hipersensorial, una técnica que no ha heredado de nadie, Crac a secas demuestra una dignidad sorprendente, ajena a su especie. Se yergue antes de comer, mira a Sonia y a sus amigos a los ojos, sin miedo, y mastica lentamente, con la boca cerrada, saboreando sin cesar. Investiga con su paladar, tiene algunos orgasmos alimentarios. Mientras mastica mueve de izquierda a derecha y con suavidad la cabeza, el rabo inmóvil, creando una desagradable sensación en el ambiente porque parece humano. Se pasa el día masticando con elegancia, saboreando el hueso de la vida. Sonia tiene muchas visitas porque la gente flipa viendo cómo el perro disfruta comiendo. Es un espectáculo. Ella y Crac a secas se han hecho muy populares. Ahora resulta que es un honor ser su amiga. Todos llevan comida al

perro y se quedan observándolo sin hacer ni puto caso a Sonia. Lo único que no le gusta es el sushi: no lo saborea. Engulle el sushi y nadie lo comprende porque es un akita japonés. Es obvio que no puede ser casualidad, tiene que existir alguna relación. Pero a Sonia le da igual, no piensa averiguarlo, ella es más de efectos que de causas, le basta con verlo feliz, con verlo saborear cada minuto de su vida, aunque la verdad tiene un poco de envidia. ¡Joder, un perro disfrutando más que yo de la vida!, exclama en sus adentros sin que ¡Sobi!, ¡Mobi!, ¡Nobi! o ¡Yobi! se entere de nada. Ahora es el perro más feliz del mundo y, según Sonia, se encuentra entre los diez seres vivos más felices del planeta, sin incluir bacterias y protozoos, bichos muy felices porque se conforman con muy poco. Su gusto progresa párrafo a párrafo. Mastica con una distinción sin par, sin abrir la boca, sentado sobre sus patas traseras, el cuello muy tieso. Mastica y mastica sin descanso, con la mirada perdida, haciéndose el interesante, como si estuviese filosofando sobre el sentido del gusto y muy agradecido de ser un perro con un paladar exquisito, como si su especie fuese superior a la nuestra, mirando furtivamente a Sonia, pero que se deje de miraditas y gilipolleces, que tenga cuidado, conozco a Sonia y últimamente habla mucho de la puerta pequeñita de Imaginarium.

Hola Noia, ¿te acuerdas de aquel chico que te gustaba que conocimos en la Malagueta que tenía un collar negro y que nos invitó a un helado? Pues resulta que tiene un hermano que se llama Julio, otro día te digo por qué lo sé, y es amigo de Adolfo y bueno... mejor voy al grano y te explico lo que me han contado. Julio y Merche se casan de penalti. Sus padres les obligan. Apenas se conocen, son compañeros de clase en la Facultad y una noche toman más alcohol de la cuenta y sus vidas se van a tomar por culo. El alcohol es un compuesto curioso. Tú lo sabes bien. Entra por la boca y antes de llegar al váter a través de alguno de nuestros orificios te cambia la vida, te introduce en un cono de probabilidades diferente. Es una herramienta muy particular y muy antigua, al mismo tiempo una goma de borrar y un lápiz. Destruye tu personalidad más común, la tacha, y luego esboza otra siempre más divertida, a veces violenta. A Julio y a Merche les dio por quererse en lugar de pelearse, se jodieron y la jodieron. Querer y amar son verbos peligrosos, nos llevan a lugares insospechados e inestables que pueden terminar de un plumazo con todas nuestras expectativas. Los genes van a lo suyo, nuestros planes les importan una mierda y siempre nos empujan al folleteo. Estamos condenados a amarnos unos a los otros. El alcohol es un gran colega de los genes, los dos han hecho de las suyas durante toda la Historia de la Humanidad. La Historia del Folleteo es más compleja e interesante de lo que piensas y rivaliza en importancia con la Historia Económica.

Los padres de Merche y Julio les obligan a casarse porque de todas formas no dan un palo al agua. Están todo el día de marcha escapando de su porvenir. Los chicos no quieren vivir como adultos, no quieren dejar de drogarse y menos colaborar en el asqueroso funcionamiento de nuestro mundo. Los progenitores

también están hartos de este terrible planeta pero sobre todo de sus hijos y les envían a la acelerada universidad de la vida con ayuda de la catapulta de la boda. Se los quitan de encima de un tacazo, una jugada maestra, una ceremonia sin cargo de conciencia ni qué dirán, ni tampoco dinero malgastado en su mala educación. ¡A trabajar, so vagos!

Merche y Julio son bastante diferentes, ambos sin embargo muy impulsivos, unos niñatos que echan la culpa de todos sus males a los demás. En ese sentido lo tienen muy chungo, se han juntado el hambre con las ganas de comer. Los dos son hijos únicos, unos hijos de puta únicos. Los muy mimados están muy confusos, siguen cegados por la sobreprotección y el cariño, y como es natural la convivencia lo lía todo mucho más.

Al cabo de pocos meses de vivir juntos parece que todo está perdido, nadie da un duro por el matrimonio ni por ese pobre niño que todavía no ha nacido y que seguramente crecerá sin padre y con los mimos de los abuelos maternos. Pero un matrimonio tiene vida propia, como una escultura de Ronald Mueck, siempre sorprende. La noche en que Julio está convencido de tirar la toalla y se persuade de las ventajas de una vida de soltero, llega a su nariz un hedor que sale de debajo de las sábanas. Se da cuenta de que Merche se ha tirado un buen cuesco. La mira y ella se pone un poco colorada, sonrío de forma encantadora con solo una parte de la boca, una expresión desconocida para él, que también sonrío, no sabe exactamente por qué pero nota cómo se le ablanda todo el cuerpo. Lo del peo en principio no le ha hecho gracia pero ha provocado una situación que le gusta. Merche descubre en la cara de Julio un hombre nuevo. La cena ha sido copiosa y él se permite el lujo de una réplica, un toque cortés, la llamada salvación del viento. Un pedo más trompetero y menos oloroso de cuyo hedor ambos gozan de un modo extraño. La cosa no queda ahí y al día siguiente repiten liturgia. Cada uno se tira un cuesco en la cama y después se sumergen bajo la sábana para ver cuál es el que peor huele. Entre los dos elaboran las reglas de un grotesco concurso. Sin saberlo han descubierto el secreto del matrimonio:

confianza y un plan conjunto. Han descubierto una afición común y todo cambia. Por las noches compiten con peos y se miran de otro modo y recuperan la ilusión. La materia prima de su reconciliación son varios adjetivos con los que calificar y medir esos pedos, se lo pasan muy bien, ríen, cimentan poco a poco el matrimonio de un modo asqueroso pero firme. Merche piensa que la risa no puede despreciarse, ha leído que las carcajadas aumentarán la secreción de buena leche. Se sienten especiales y en esa especificidad fundan su matrimonio, su razón de ser, opuesta a la del resto del mundo.

Merche vence en casi todos los concursos y él lo achaca al embarazo. El muy arrogante creía que ganaría por goleada porque ella es vegetariana pero se lleva un chasco. Su sentido de la inferioridad le empuja a quererla más, a admirar mucho más el bombo en el que se está incubando su hijo.

El niño nace sano, con todos sus deditos, con todas sus neuronas preparadas para que penetre la Lengua española, para que las demás costumbres invadan y posean su cuerpecito. Aunque no ha sido invitado al concurso, el niño se tira unas pedorretas tremendas. Entonces todo cambia de nuevo. Los pedos tienen una importancia capital en esta familia y los del niño son especiales, fagocitan el interés que sus padres mostraban por sus propios cuescos. Los niños suelen pasar la página de un matrimonio, trastocan el precario equilibrio entre la pareja y crean una incógnita difícil de averiguar. En el caso que nos ocupa ocurre algo curioso. Merche empieza a separarse de los asquerosos concursos nocturnos. Cada noche que pasa le gustan menos. No quiere desilusionar a su marido pero no puede evitarlo, está llegando a odiarlos. El niño ha trastocado todo su sistema de gozos y sombras, incluido su sentido del olfato, y tiene que empezar a dar ejemplo porque el pequeño Ramoncín todo lo absorbe y todo lo expelle.

Cierta noche Merche, muy cansada, con el carácter agrietado y los pezones quemados, se tumba en la cama junto a Julio. Él se tira un buen peo para complacerla pero se lleva la sorpresa de que le grita ¡guarro! Inmediatamente los dos saben que todo se ha ido a la mierda aunque en realidad el peo se aleje de

ella. Lo ven en sus respectivas caras, saben leerlas perfectamente. Se engañarán seguramente durante unos años, tal vez lustros, décadas, su razón y sus argumentos trabajarán para no reconocer el fracaso, pero sin duda todo ha cambiado. Antes era ¡cariño, lo has petado, qué peste, ja, ja, ja!, y ahora en cambio es solo un guarro, solo un maldito cerdo como los demás hombres casados.

Unas jóvenes científicas del Centro Andaluz de Biología Molecular y Medicina Regenerativa descubren que el interior de la caja de galletas de la abuela de una de ellas tiene singulares propiedades de conservación, como un pequeño refrigerador hipercuántico en un largo y caluroso vacío democrático. La abuela tiene la caja desde muy joven, se la regaló durante la dictadura su primer novio, un chico que usaba un sombrero misterioso por las mañanas. Nunca desayunaron juntos porque el desayuno todavía no era la comida más importante del día. La anciana se ha arrepentido toda su vida de no habérselo follado y durante muchos años ha utilizado la caja como un recuerdo para masturbarse. Tal vez sus fluidos tengan algo que ver con las curiosas propiedades de la caja pero su nieta no tiene ni puta idea de para qué su abuelita la ha usado durante décadas. ¡La hechicera blanca!, ¡la bruja cariñosa!, son apodosos que la vieja se espeta a sí misma frente al espejo, poniéndose de medio lado y sonriendo sin dentadura con una galleta rancia de veintitantos años de antigüedad en la mano, la que precisamente mordisqueó su primer novio y que guarda como oro en paño. La anciana es consciente de las curiosas propiedades de la caja pero no le da publicidad. Ya ni siquiera se acuerda de la cara de su antiguo novio pero sigue usando la caja de galletitas y todos sus dibujos borrosos como canciones de amor rayadas.

¿Qué es un amante abuela?, le pregunta su nieta cuando va a visitarla a su vieja casa. ¡Hostias!, responde ella y sale corriendo a pasitos cortos para abrir un armario de cuyo interior cae un esqueleto. Un puto sueño recurrente que dejó de ser pesadilla hace veinte años para convertirse en una costumbre. Las jóvenes científicas desconocen la función sexual de la caja. De ser así, habrían usado

guantes para analizarla y habrían identificado el origen de ese extraño olor a pescado que atribuyen a la lenta oxidación de la hojalata. Los resultados de sus experimentos habrían cambiado. Han encontrado trozos de galletas de hace unos treinta años en perfecto estado, con su cremita intermedia todavía apetitosa y por lo demás crujiente.

El equipo de investigación es un grupo heterogéneo de empollonas con gustos muy diferentes. A Sorensen por ejemplo lo que más le gusta en la vida es girar su larga melena en el sentido de las agujas del reloj mientras toca la guitarra eléctrica. Sudor centrífugo al ritmo del rock and roll. En ese vertiginoso momento Sorensen se siente una auténtica triunfadora a pesar de que, dada su inteligencia, es consciente de que solo es una chica más a la que le han implantado un escenario en el cerebro para alojar parte de sus sueños. De todas formas ser científica es compatible con ser gilipollas y también con ser lista pero de lo que no hay duda es de que todas las chicas del equipo de investigación tienen en común un saber buscarse la vida. Van por ahí recaudando fondos para sus experimentos. Son conscientes de que viven en la sociedad del espectáculo y saben hacer perfectamente el gilipollas, hacerse las graciosillas en los platós de televisión para sacar dinero y apoyo de la audiencia. Se maquean y sonríen, están preciosas, hacen striptease y consiguen casi siempre lo que quieren de los lujuriosos mecenas. Su trabajo les obliga a realizar investigaciones serias que acaban jodiendo un poco más este mundo pero lo que a ellas más les gusta, ¡lo que realmente las mantiene unidas!, son los experimentos de tres al cuarto, intrínsecamente complicados pero poco prácticos, normalmente inútiles, como el de la caja de galletas de la abuela o el de la mancha blanca y móvil del coño de Erika, experimentos siempre relacionados con ecosistemas extraños a imagen y semejanza de sus putas mentes científicas, repeinadas y frías.

El informe definitivo que han elaborado basándose en los resultados de los ensayos con la cajita de galletas lo entiende poca gente, es demasiado técnico y entre otras cosas asegura que en la esquina inferior derecha, debajo de un

plástico brillante con letras bonitas, ha sobrevivido en perfectas condiciones un trozo de galletita de osito con una pequeña sonrisa que tenía pegado un extraño pelo rizado, recio y cano, así como un pedazo de galleta chiquilín al que le falta el 'lín' y que tras ser analizada fue engullida por la nieta de la abuela, una chica siempre estudiosa y muy bribona que todos los viernes, al juntarse con la pandilla de empollonas en el pub de Erika, se come la mayor parte de los nachos con queso a los que siempre les invita su amiga. No puede evitarlo, es una regordeta que se transforma en una fiera cuando ve papeo y sin embargo se convierte en diosa diseñando experimentos para elaborar las estadísticas que le convienen. Tal vez un día las chicas la convenzan para estudiar su propia gula. Comer y estudiar son para ella caras de la misma moneda. Siempre que las chicas salen y piden una cerveza y unas tapas se masca la tensión. Todas la conocen muy bien, saben que se va a zampar la tapa de alguien y están hartas. Les ayuda a conservar la línea, dice Lucrecia, la buena del grupo, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que las tapas se han convertido en un centro de resistencia del grupo, un nudo emotivo donde confluyen muchas fuerzas, muchos sentimientos de equipo. Que te coman la tapa jode mucho, los grupos de amigos o los equipos de trabajo siempre sobreviven gracias a un precario equilibrio, cualquier tontería puede hacer que revienten, un detalle puede producir consecuencias nefastas y perdurables, conducir a la tragedia, algo parecido a lo que pasó con el Big Bang pero a la ridícula escala de la amistad. Sería una lástima que este equipo de investigadoras tan especiales se fuese a tomar por culo por culpa de una tragona que construye estadísticas a su antojo.